

CAPÍTULO 1

Las preciosas
y magníficas
promesas de Dios

LA PROMESA DE DIOS

Dios nos ha entregado sus preciosas y magníficas promesas para que ustedes...
lleguen a tener parte en la naturaleza divina.

— 2 Pedro 1.4

El contraste entre el rabino y el rey era marcado. El judío estaba viejo y jorobado. Estaba mal físicamente. Dos años en prisión lo habían dejado huesudo y con las mejillas enjutas y marcadas. Solo tenía unas monedas en el bolsillo y su séquito era un par de amigos. La calvicie coronaba su cabeza. Su barba era densa y gris. Vestía el sencillo manto de un maestro; de un enseñante itinerante. Comparado con el rey, era sencillo y pobre. Pero claro, comparado con ese rey la mayoría de la gente era sencilla y pobre. El rey Agripa entró en la sala de audiencia con gran pompa. Él y su hermana vestían fina ropa color púrpura. Seguidos por legionarios romanos. Agripa era el gobernante designado, el representante de la religión y el supervisor de la región.

Pablo, por el contrario, era un simple misionero. Tenía todas las razones para temer al juicio de ese monarca. El rey era el último en la dinastía Herodes; el último de los Herodes que se metería con Cristo y sus seguidores. Su bisabuelo intentó matar al niño Jesús por medio de la exterminación de todos los niños de Belén. Su tío abuelo mató a Juan el Bautista, y su papá, Agripa I, ejecutó a Santiago y encarceló a Pedro.

Podrías decir que tenían algo en contra de la gente en el círculo de Jesús.

Y ahora Pablo estaba frente a él. Estaba en la cárcel, y en problemas, por predicar sobre una nueva religión. ¿Cómo se

defendería el apóstol? ¿Solicitaría clemencia? ¿Pediría un milagro? En el que podría ser el discurso más importante de su vida, ¿cómo Pablo presentaría su caso? Después de una breve presentación, dijo: «Y ahora me juzgan por la esperanza que tengo en la promesa que Dios hizo a nuestros antepasados» (Hechos 26.6).

La defensa de Pablo no incluyó ninguna referencia a sus logros. («Usted sabe, me conocen por haber resucitado a un muerto».) No exigió trato preferente. («Soy ciudadano romano».) No intentó justificar sus acciones. («Solo estaba tratando de ser imparcial».) Nada de eso. Su única justificación fue esta: «Creí en las promesas de Dios».

Y lo mismo hicieron Abraham, Isaac y Jacob. Añade a esa lista a Noé, María, a un profeta llamado Isaías y a un predicador llamado Pedro.

Los héroes en la Biblia provenían de todas las clases sociales: gobernantes, sirvientes, maestros, doctores. Había hombres, mujeres, solteros y casados. Sin embargo, los unió un denominador común: edificaron sus vidas en las promesas de Dios. Por las promesas de Dios, Noé creyó en la lluvia antes que existiera la palabra *lluvia*. Por las promesas de Dios, Abraham dejó atrás un buen hogar por uno que nunca había visto. Por las promesas de Dios, Josué dirigió a dos millones de personas a través de un territorio enemigo. Por las promesas de Dios, David derribó a un gigante, Pedro se levantó de las cenizas del remordimiento y Pablo encontró una gracia por la que valía la pena morir.

Un autor llegó incluso a llamar a esos santos «herederos de la promesa» (Hebreos 6.17). Es como si la promesa fuera la herencia

familiar y ellos fueron los suficientemente listos para asistir a la lectura del testamento.

Por la fe Noé, advertido sobre cosas que aún no se veían, con temor reverente construyó un arca para salvar a su familia [...] Por la fe Abraham, cuando fue llamado para ir a un lugar que más tarde recibiría como herencia, obedeció y salió sin saber a dónde iba [...] habitó en tiendas de campaña con Isaac y Jacob, herederos también de la misma promesa [...] Por la fe Abraham, a pesar de su avanzada edad y de que Sara misma era estéril, recibió fuerza para tener hijos, porque consideró fiel al que le había hecho la promesa [...] Por la fe Abraham, que había recibido las promesas, fue puesto a prueba y ofreció a Isaac, su hijo único (Hebreos 11.7-17).

La lista continúa por varios versículos. Jacob confió en las promesas de Dios. José confió en las promesas de Dios. Moisés confió en las promesas de Dios. Sus historias eran distintas, pero el tema era el mismo: las promesas de Dios fueron la estrella polar en su peregrinaje de fe. Y tuvieron muchísimas promesas de las cuales escoger.

Un estudioso de la Biblia pasó un año y medio tratando de contar las promesas que Dios le ha hecho a la humanidad. ¡Encontró 7.487 promesas!¹ Las promesas de Dios son los pinos en las Montañas Rocosas de las Escrituras: abundantes, inquebrantables y eternas. Algunas de las promesas son positivas; bendiciones seguras. Otras son negativas; consecuencias garantizadas. Pero todas son

vinculantes, no solo porque Dios es un hacedor de promesas; Él cumple sus promesas.

Cuando Dios estaba preparando a los israelitas para enfrentar una tierra nueva, les hizo una promesa.

—Mira el pacto que hago contigo —respondió el SEÑOR—. A la vista de todo tu pueblo haré maravillas que ante ninguna nación del mundo han sido realizadas. El pueblo en medio del cual vives verá las imponentes obras que yo, el SEÑOR, haré por ti (Éxodo 34.10).

Dios no enfatizó la fuerza de los israelitas. Enfatizó la suya. No destacó la capacidad de ellos. Destacó la suya. Los preparó para la travesía recalcando su capacidad para hacer y cumplir sus promesas.

Desde el primer capítulo, la Biblia argumenta a favor de la fiabilidad de Dios. En nueve ocasiones el texto reitera «dijo Dios». Y sin excepción, cuando Dios hablaba, algo ocurría. Algo maravilloso sucedía. Por decreto divino se hizo la luz, la tierra, las playas y los animales. Dios no consultó a ningún asesor. No necesitó ayuda. Habló y ocurrió. El lector solo puede llegar a una conclusión: la palabra de Dios es segura. Lo que Él dice, ocurre.

Por la palabra del SEÑOR fueron creados los cielos,
y por el soplo de su boca, las estrellas.
Él recoge en un cántaro el agua de los mares,
y junta en vasijas los océanos.
Tema toda la tierra al SEÑOR;
hónrenlo todos los pueblos del mundo;

LAS PRECIOSAS Y MAGNÍFICAS PROMESAS DE DIOS

porque él habló, y todo fue creado;
dio una orden, y todo quedó firme (Salmos 33.6-9)

Cuando Dios se aclaró la garganta, apareció el cosmos. Su autoridad era indudable.

El mismo poder es evidente en Jesucristo. En una ocasión, un oficial del ejército romano le pidió a Jesús que sanara a su siervo. Jesús se ofreció para ir a la casa del hombre. El oficial se negó, diciéndole:

— Señor, no merezco que entres bajo mi techo. Pero basta con que digas una sola palabra, y mi siervo quedará sano. Porque yo mismo soy un hombre sujeto a órdenes superiores, y además tengo soldados bajo mi autoridad. Le digo a uno: «Ve», y va, y al otro: «Ven», y viene. Le digo a mi siervo: «Haz esto», y lo hace.

Al oír esto, Jesús se asombró y dijo a quienes lo seguían:

— Les aseguro que no he encontrado en Israel a nadie que tenga tanta fe.

Luego Jesús le dijo al centurión:

— ¡Ve! Todo se hará tal como creíste.

Y en esa misma hora aquel siervo quedó sano (Mateo 8.8-10, 13).

¿Por qué Jesús aplaudió la fe del centurión? Porque el hombre creyó en el poder de Jesús para cumplir su palabra. De hecho, esta historia nos presenta el modo en que Jesús define la fe: *la fe es la creencia profundamente arraigada de que Dios cumplirá sus promesas*. El soldado romano entendió esa sencilla verdad: Dios no quebrantará

sus promesas; en efecto, no puede hacerlo. Sus pactos son contractualmente inviolables, no están escritos en arena, sino tallados en granito. Lo que dice ocurrirá.

¡Tiene que ocurrir! Sus promesas son irrevocables debido a lo que Dios es:

- Es inmutable. Él ve el final desde el principio. Lo inesperado nunca lo toma por sorpresa. No hace correcciones a mitad de camino. No sufre los efectos de los estados de ánimo ni del tiempo. «Él nunca cambia ni varía como una sombra en movimiento» (Santiago 1.17, NTV).
- Es fiel. «Se puede confiar en que Dios cumplirá su promesa» (Hebreos 10.23, NTV).
- Él es poderoso. No promete de más ni cumple de menos. «Dios es poderoso para cumplir todo lo que promete» (Romanos 4.21, NTV).
- Él no puede mentir. «Es imposible que Dios mienta» (Hebreos 6.18). Una roca no puede nadar. Un hipopótamo no puede volar. Una mariposa no puede comerse un plato de espaguetis. No puedes acostarte a dormir sobre una nube y Dios no puede mentir. Él nunca exagera, manipula, miente ni adula. Este versículo no dice que es improbable o inverosímil que Dios mienta. No, es una afirmación contundente: ¡es imposible! La Biblia no puede ser más directa. «Dios [...] no miente» (Tito 1.2). El engaño sencillamente no es una alternativa.

Este tema de Dios como cumplidor de promesas despierta un recuerdo de mi infancia. Cuando tenía unos doce años,

acompañé a mi papá a comprar unos neumáticos nuevos para el auto familiar. Papá creció en un pueblo pequeño y en tiempos más sencillos. No lo adornaban trajes elegantes ni riquezas. Era un confiable mecánico de los campos petrolíferos que amaba a su familia, pagaba sus cuentas y cumplía su palabra. Lo insultaba el que dudaras de su integridad. Y sin duda, se sintió ofendido ese día en la tienda.

Tras seleccionar los neumáticos, esperamos que las instalaran. Cuando llegó el momento de pagar, fuimos hasta el mostrador y me paré al lado de mi papá mientras él escribía el cheque. El dependiente miró el cheque y le pidió que presentara alguna identificación. Hoy esa es una práctica común e incuestionable, pero, en los años sesenta, raras veces un comerciante pedía alguna verificación.

Papá se sorprendió.

—¿Usted no cree que soy yo quien dice ese cheque que soy?

El dependiente se avergonzó.

—Les exigimos esto a todos los clientes.

—¿Piensa usted que soy deshonesto?

—No es eso, caballero.

—Si usted no cree que soy un hombre de palabra, puede quitar los neumáticos.

Recuerdo que hubo un largo e incómodo silencio mientras el dependiente ponderaba sus opciones.

Nos fuimos con los neumáticos. Y me fui a casa con una lección de integridad. La gente buena se toma en serio el cumplir su palabra. ¿Cuánto más serio lo es un Dios bueno? Lo que se dijo sobre la fidelidad de Dios hacia Israel puede decirse sobre su fidelidad con nosotros. «Ni una sola de las buenas promesas del SEÑOR a favor de

Israel dejó de cumplirse, sino que cada una se cumplió al pie de la letra» (Josué 21.45).

La pregunta no es si Dios cumplirá sus promesas, sino: ¿edificaremos nuestras vidas sobre ellas?

Tengo muchas peculiaridades y una de ellas es que mi dedo pulgar izquierdo tiembla. Lo ha hecho por casi una década. Es como si mi pulgar se la pasara goteando cafeína. Si tomo un vaso de refresco con mi mano izquierda, lo derramo. Pero como no soy zurdo, el temblor no me molesta. En realidad, lo uso para iniciar conversaciones. («Oye, ¿puedo mostrarte mi pulgar tembloroso? Ahora muéstrame tus peculiaridades».)

Ya me acostumbre a ese temblor en el dedo. Sin embargo, al principio, no estaba tan tranquilo. El temblor me estremecía. Pensaba que tenía algo desconectado. Debido a que mi padre falleció de ALS, mi imaginación asumió lo peor. La situación fue especialmente desconcertante porque el pulgar izquierdo me sigue a todos lados. Cuando me peino, allí está Viejo tambaleante. Cuando hago un *putt*, ¿adivinan quién no puede calmarse? Si levanto la mano izquierda para recalcar un punto en un sermón, es posible que no confíes en lo que digo debido a los nudillos temblorosos.

Marqué una cita con el neurólogo y entré a su oficina con la boca seca y con temor. Él revisó mi análisis de sangre y me examinó a mí. Me hizo caminar, mantener el equilibrio y girar algunos platos en mi dedo. (Es una broma. Él no me hizo caminar). Golpeó mi rodilla con un martillo de goma y me hizo algunas preguntas. Luego, después de un tiempo interminablemente largo, dijo:

—No hay necesidad de preocuparse.

—¿Está seguro?

—Estoy seguro.

—¿Sin tratamiento?

—No.

—¿No tengo que usar una silla de ruedas?

—No, no por lo que puedo ver.

—¿Está seguro?

Luego hizo algo profundo.

—Lo prometo —me aseguró—. El temblor en el pulgar no es nada de qué preocuparse.

Así que salté y le di las gracias y me fui. Me sentí mejor. Subí al auto y comencé el camino de regreso a casa. Mientras me detuve en un semáforo, noté mi mano izquierda en el volante. ¿Puedes adivinar qué estaba haciendo mi pulgar? Sí. Estaba temblando.

Por primera vez desde que apareció el temblor, tuve la oportunidad de verlo de manera diferente. Podría reflexionar sobre el problema, o podría recordar la promesa. Podría elegir la ansiedad, o podría elegir la esperanza. Opté por la esperanza. Aunque parezca cursi, puedo recordar haber dicho a mi pulgar: «No estás recibiendo más de mi atención. El doctor me hizo una promesa. Eres inofensivo». A partir de aquel momento, cada vez que el pulgar se comporta mal, recuerdo la promesa del médico.

¿Qué está temblando en tu mundo? Probablemente no sea tu pulgar, pero tal vez sea tu futuro, tu fe, tu familia o tus finanzas. Alrededor hay un mundo que tiembla.

¿Podrías tener un poco de esperanza inmovible?

Si es así, no eres el único. Vivimos en tiempos de desesperanza. La tasa de suicidios en Estados Unidos ha aumentado en un veinticuatro por ciento desde 1999.² ¡Veinticuatro por ciento! Si una

enfermedad tuviera ese tipo de incremento diríamos que es una epidemia. ¿Cómo explicamos ese aumento? Nunca hemos sido más educados. Tenemos herramientas tecnológicas que nuestros padres nunca habrían soñado. Estamos saturados de entretenimiento y diversión. Sin embargo, más gente que nunca está orquestando su propia muerte. ¿Cómo es eso posible?

Quizás esta sea una de las respuestas: la gente se está muriendo por falta de esperanza. El secularismo cautiva la esperanza de la sociedad. Reduce el mundo a unas pocas décadas entre el nacimiento y el ataúd. Mucha gente piensa que nada es mejor que este mundo y, seamos objetivos, no es tan bueno.

Sin embargo, la gente de la promesa tiene una ventaja. Ellos deciden meditar, proclamar y orar las promesas de Dios. Son como Abraham que «nunca dudó de que Dios cumpliría su promesa. Al contrario, su confianza era cada vez más firme» (Romanos 4.20, TLA).

Ven la vida a través de las promesas de Dios. Cuando surgen los problemas, los puedes oír diciéndose a sí mismos: «Pero Dios dijo...». Cuando las dificultades amenazan, puedes verlos pasando las páginas de la Biblia y diciendo: «Me parece que Dios dijo algo sobre esto». Cuando consuelan a otros, son propensos a preguntar: «¿Conoces la promesa de Dios sobre este tema?».

Las promesas de Dios sirven como los estantes de medicamentos en una farmacia. De la misma forma que un médico te recetaría una medicina para tu cuerpo, Dios nos ha dado promesas para el corazón. Y las comparte como regalos de amigo a amigo. «El SEÑOR brinda su amistad a quienes le honran, y les da a conocer su pacto» (Salmos 25.14).

LAS PRECIOSAS Y MAGNÍFICAS PROMESAS DE DIOS

Dios nos ha dado una promesa para cada problema de la vida. Que tu objetivo sea familiarizarte de tal forma con ellas que puedas escribirte a ti mismo una receta.

- Hoy me siento temeroso. Es tiempo de abrir un frasco de Jueces 6.12: «¡El SEÑOR está contigo!». Requeriré la cercanía de Dios.
- Siento que el mundo está descontrolado. Es tiempo para una dosis de Romanos 8.28: «Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman».
- Veo nubes oscuras en el horizonte. ¿Qué fue lo que Jesús me dijo? Ah, ya lo recuerdo: «En este mundo afrontarán aflicciones, pero ¡ánimense! Yo he vencido al mundo» (Juan 16.33).

Después de cuarenta años (!) de ministerio he descubierto que nada eleva al alma cansada como las promesas de Dios. Este libro incluye algunas de mis preferidas. Muchas de ellas son las mismas a las que he recurrido a través de los años para animar a otros. Y para animarme a mí también. Las necesitamos desesperadamente. No necesitamos más opiniones ni corazonadas; necesitamos las declaraciones definitivas de nuestro poderoso y amoroso Dios. Él gobierna el mundo de acuerdo con esas maravillosas y preciosas promesas.

Las circunstancias de la vida o las promesas de Dios... ¿en cuáles de ellas te estás apoyando?

Jesús contó una historia sobre dos constructores de casas. Tenían materiales y planes similares, además de aspiraciones idénticas. Cada

uno quería construir una casa. Pero uno prefirió el terreno de arena, barato y fácil de conseguir. El otro optó por el cimiento de piedra, que era más costoso, pero más duradero.

Por tanto, todo el que me oye estas palabras y las pone en práctica es como un hombre prudente que construyó su casa sobre la roca. Cayeron las lluvias, crecieron los ríos, y soplaron los vientos y azotaron aquella casa; con todo, la casa no se derrumbó porque estaba cimentada sobre la roca. Pero todo el que me oye estas palabras y no las pone en práctica es como un hombre insensato que construyó su casa sobre la arena. Cayeron las lluvias, crecieron los ríos, soplaron los vientos y azotaron aquella casa. Esta se derrumbó, y grande fue su ruina (Mateo 7.24-27).

¿Qué separa al prudente del insensato? Los dos hombres escuchan las palabras de Dios. Pero solo el prudente edifica su casa sobre ellas.

¿Cómo está aguantando tu cimiento? Me pregunto si la versión moderna de la parábola leería algo como lo que sigue:

Dos personas se dispusieron a construir sus casas. El primero fue a la tienda de materiales de construcción RDM: Remordimiento, dolor y miedo. Allí ordenó madera podrida por la culpa, clavos enmohecidos por el dolor y cemento aguado por la ansiedad. Como había construido su casa con los materiales de RDM, cada día era consumido por el remordimiento, el dolor y el miedo.

La segunda persona escogió un proveedor distinto. Compró sus materiales en Esperanza, Inc. En vez de escoger

LAS PRECIOSAS Y MAGNÍFICAS PROMESAS DE DIOS

remordimiento, dolor y miedo, encontró abundantes promesas de gracia, protección y seguridad. Tomó la decisión consciente y deliberada de construir una vida con los materiales del almacén de la esperanza.

¿Cuál de los dos constructores fue más sabio? ¿Cuál de los dos fue más feliz? ¿Cuál de los dos se parece más a ti?

Por cierto, al expresar estas palabras me estoy apoyando en una promesa.

La lluvia y la nieve descienden de los cielos y quedan en el suelo para regar la tierra. Hacen crecer el grano, y producen semillas para el agricultor y pan para el hambriento. Lo mismo sucede con mi palabra. La envió y siempre produce fruto; logrará todo lo que yo quiero, y prosperará en todos los lugares donde yo la envíe (Isaías 55.10, 11, NTV).

Fíjate en la certeza de la promesa de Dios. La Palabra de Dios «siempre produce fruto; logrará todo lo que yo quiero, y prosperará en todos los lugares donde yo la envíe».

Visualiza las palabras de Dios cayendo como lluvia del cielo sobre ti. Imagina estas promesas como suaves lluvias de primavera. Recíbelas. Permite que te cubran, que te empapen. Confío en que las palabras de Dios prosperarán en tu vida. ¿Me acompañas a creer esta promesa?

Según Pedro, las promesas de Dios no son solo excelentes, son «magníficas». No son solo valiosas, son «preciosas» (2 Pedro 1.4). Colocarlas alrededor de tu cuello es adornarte con las joyas más

finas del universo. Es a través de las *preciosas y magníficas promesas* que participamos en la naturaleza de Dios. Ellas nos llevan a una nueva realidad, a un entorno sagrado. Son las señales destinadas a alejarnos del pantano tóxico y dirigirnos al aire limpio del cielo. Están allí como piedras doradas en el sendero al mundo de Dios. Son peñas fuertes que forman el puente sobre el que pasamos de nuestro pecado a la salvación. Las promesas son la espina dorsal de la Biblia.

Dwight Moody lo dijo así:

Permite que un hombre se alimente por un mes con las promesas de Dios y no hablará de su pobreza [...] Si solo fueras desde Génesis hasta Apocalipsis y vieras todas las promesas que Dios hizo a Abraham, a Isaac, a Jacob, a los judíos y a los gentiles, y a todo su pueblo en todas partes; si pasaras un mes alimentándote con las preciosas promesas de Dios, no andarías [...] quejándote de lo pobre que eres, sino que elevarías tu rostro con confianza y proclamarías las riquezas de su gracia, porque no podrías evitarlo.³

Seamos lo que fuimos hechos para ser —gente de la promesa. Mantén esta declaración a mano. Dilo en voz alta. Llena tus pulmones de aire y tu corazón con esperanza, y que el mismo diablo te escuche declarar tu creencia en la bondad de Dios.

Estamos construyendo nuestras vidas en las promesas de Dios.

*Debido a que su Palabra es irrompible, nuestra esperanza es
ínquebrantable.*

No nos ponemos de pie sobre los problemas de la vida o el dolor en la vida.

Nos mantenemos firmes en las grandes y preciosas promesas de Dios.